

Unos hombres de oriente la robaron
Para asentar en ella su morada:
Los hombres á quien de ella despojaron
Lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores
En que el compás de berberisca zambra
Y el són de los clarines y atambores
Estremecian á la par la Alhambra.

Y era un rey esquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molicie adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mugeres
Esclavizando al padre y al marido.

Y era tambien el término llegado
Del brio y del poder de aquella gente,
Y al postrimero rey habia tocado
El sitial de las razas del oriente.

La hora fatal á la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay Boabdil! levántate y despierta,
Apresta tu brido y tu cuchilla,
Porque mañana llamará á tu puerta
Con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
Te cercarán los tigres españoles;
Y echarán sobre tí desesperados
De siete siglos los sangrientos soles.

II.

— « ¿Qué quieren esos cristianos
A las puertas de la villa?
¿Qué buscan esos villanos
Que traen á su rey ufanos
Tras el pendon de Castilla?

« ¿No son reyes en su tierra?
¿Por qué pasan esa sierra
Taland el solar ajeno?
¿No les basta su terreno
Para sus fiestas de guerra?

« ¿Por qué en confusion estraña
Levantán en esos cerros
Tantas tiendas de campaña?
¿Por qué ladran esos perros
A los piés de esa montaña?

« Si sus padres espiraron,
Y á su muerte les dejaron
En desastres tan prolijos,
¿Por qué no se contentaron
Como los padres los hijos?

« Frente á sus tiendas reales
Que brillen altas y ufanas
En las torres principales

Las enseñas orientales
Y las lunas otomanas.

« ¡Al arma! ¡al campo! á cambiar
Las marlotas y alquiceles
Por arneses de lidiar,
Los ginetes á aprestar
Los caballos y broqueles.

« La sed de sangre me irrita;
Que doblen los atambores;
Que cierren en la mezquita
Esa multitud que grita
En rejas y miradores.

« Los fuegos prontos estén,
Las calles libres tambien,
Los hombres á la muralla,
Las mugeres al haren...
¡Paso y silencio, canalla! »—

Tal *Muza* (1) prorupme airado
Ante la puerta de Elvira
Entre el tumulto apiñado
Del pueblo que consternado
Al campo cristiano mira.

¡Ay! él es solo el valiente
Con corazon en Granada;
Él solo lleva insolente
A la recia lid su gente
Que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta
De su humillada nacion,
Solo lidia y se ensangrienta
Abriéndose sin afrenta
Una tumba de varon.

Mas con ojos avarientos
En redor de su caballo
Sus soldados macilentos
Le están demandando hambrientos
Hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto á los ojos
En desmayado tropel
Su pueblo puesto de hinojos
Llora los yertos despojos
De los que lidián por él.

(1) Gefe de la caballería granadina de Boabdil: despues de haberse opuesto con toda su resolucion á la entrega de su deliciosa ciudad á los reyes católicos, se salió despedido de ella armado de todas piezas, y nunca mas pareció.

Dicese que sin respetar la tregua estipulada entre Don Fernando y el rey Chico, acometió á varios caballeros cristianos en la orilla del Genil; y despues de dar muerte á algunos de ellos, por no acabar á sus manos, se arrastró peleando hasta la orilla, y se dejó hundir en la corriente con el peso de la armadura y acribillado á estocadas.

Guerrero, ¡ay de los valientes!
¿Qué vale que en tu despecho
A tus soldados alientes
Y quieras dar á tus gentes
Todo el valor de tu pecho;

Si en tanto á pasos gigantes
Van arrastrando á su fin
Sus muy poderosos antes
Alcázares elegantes
La Alhambra y el Albaicín?

¿Si allí está el triste Boabdil
Sin amparo que le acorra
Llorando sobre el Genil,
Como una cobarde zorra
Entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra
Amancillando tu gloria
Cantan en compás de guerra
Los castellanos victoria
Ensordecido la tierra?

¡Ah! ¡su corona usurpada
Tener en la sien no supo...!
Mal hiciste tu jornada,
¡Pobre rey! y hora menguada
En tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron
Para vencerte mejor,
Y los tuyos que quedaron
Al hundirse te llamaron
Hasta apóstata y traidor.

Las mugeres que te dieron
Sus hijos y sus preseas,
Al saber que se perdieron
Espirando te dijeron:
— ¡Cobarde, maldito seas! —

Y de tu reino señores
Los cristianos vencedores
Se pagaron tus ofrendas
Con agrio pan de dolores
Que amasaron en sus tiendas.

Porque al fin ¿qué ha de esperar
Del vencedor el vencido
Sino vergüenza y pesar?
¿Qué sino burla ha de dar
El que subió al que ha caído?

¡Oh! esas torres orientales
Que levantando insolentes
Sus agujas desiguales
Mecén las auras corrientes
En trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas
Que cual labor sin objeto
De esas cuerdas ostentosas,

De crónicas amorosas
Guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros
Y esos arroyos sonoros
Que tienen marcas y nombres,
Que no entendemos los hombres
Y que comprendéis los moros;

Las tortuosas galerías
Que se derraman sombrías
Por ese fresco recinto
En faz de intrincadas vias
De confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,
Y esos hondos gabinetes
Donde el ánima adormida
Pasó gozando la vida
Al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos
Los cristianos gozaran
En conjeturas perdidos,
Sin pensar en los vencidos
Que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor
De esos alcázares bellos
No tendrán ¡ay! mas valor
Ni mas nombre para ellos
Que el *botín* del vencedor.

Llora, rey, llora sin duelo;
Desespérate, Boabdil,
Y ven en tu desconsuelo
A espirar bajo este cielo
Que flota sobre el Genil.

Que á elejir entre acabar
Y sufrir la ajena ley,
¡Vive Dios! que era acertar
Como hombre, á la lid bajar
Para morir como rey.

III.

Asi estaba escrito,
Monarca infeliz,
Que fuese tu raza
Contigo á su fin.
Asi estaba escrito
Que libre el Genil
Corriera entre flores
Muy lejos de tí.
Por eso fué un dia
Forzoso salir
En lúgubre pompa
Y en gesto servil
Tu cetro y tu fama
Vencido á rendir.
Y allá se quedaron

Para otro adalid
 Tu espléndido alcázar,
 Tu fresco jardín.
 Y allá se quedaron
 ¡Ay triste Boabdil!
 Tu muerto por siempre
 Falaz porvenir,
 De blanca esperanza
 Tu sueño febril,
 Que fué como el humo
 Al viento á morir.
 Y allá se quedaron
 Tu Alhambra gentil,
 Tus altas techumbres
 De azul y turquí,
 Tus ricas alfombras
 De gualda y carmin,
 Tus pájaros presos
 En jaula sutil,
 Tus fuentes sonoras
 Que en fresco bullir
 Con música blanda
 Murmuran allí.
 Y allá se quedaron
 Cual juego infantil,
 Cual copas rompidas
 Despues del festin,
 Tus lechos clavados
 De cedro y marfil,
 Tus baños que exhalan
 Clavel y aleli,
 Rosa y azucena
 Y azahar y jazmin.
 Y allá se quedaron
 ¡Ay triste de tí!
 Las cifras y motes
 Que en tiempo feliz
 Mandaste en los muros
 Con oro escribir,
 Pensando que el tiempo
 Que corre sin fin
 Querria en tu Alhambra
 Dejarte vivir.
 Y allá se quedaron
 Sin fruto, ni fin;
 Que rotas y mudas
 Son hoy solo allí
 Cual fleco postizo
 Que afea un tapiz,
 Y nada nos pueden
 Valer ni decir.
 ¡Oh si un solo instante
 Volvieras tú aquí,
 Si un punto tornaras,
 Vencido Boabdil!...
 ¡Tú sí que leyeras
 Con ansia, tú sí!
 ¡Tú sí que gozaras

Con calma pueril,
 Aunque todo un pueblo
 Volviera tras tí!
 ¡Mas ya solo resta
 Llorarlo y sufrir,
 Que así estaba escrito,
 Y cúmplase así!

—
 Mas ya que nos tornas
 La espalda, señor,
 Camina despacio
 Mientras dura el sol.
 Recoge las riendas
 A suelto bridon:
 Tras de esa colina
 No hay luz ni color,
 No hay cielo ni vida
 Tras ese peñon.
 ¡Camina despacio,
 Despacio, por Dios!
 A verse aun alcanza
 Granada, señor,
 Tras esa colina,
 Mas lejos... ¡ya no!
 ¡Al fin la abandonas
 A fuerza mayor!
 ¡Al fin te la arrancan
 Con mengua y baldon
 Tu perla mas rica,
 Tu joya mejor!
 ¡Oh! vuelve por ella,
 Que aun tarde no es hoy:
 Azuza tu ardiente
 Caballo veloz,
 Fulmina el alfanje,
 Apresta el lanzon,
 Acosa á tu gente
 Con brazo y con voz:
 ¡Ah! ¡y muera tu escaso
 Postrer escuadron
 Con rabia á lo menos
 Si no con valor!
 ¡Oh! vuelve á Granada
 Tu cara mansion,
 No llores huyendo
 Cobarde ó traidor.
 Y si al fin no quieres
 Lavar tu baldon,
 ¡Camina despacio,
 Despacio, por Dios!
 Que si aun la contemplas
 Mas lejos... ¡ya no!
 Granada se pierde,
 Y al caer ese sol
 La vez postrimera
 Verásla, señor.
 ¡Camina despacio,
 Despacio, por Dios!

IV.

Espera, señor, espera
 Solo un momento á llorarla,
 Solo un instante á mirarla,
 Desde el cerro del Padul...
 ¡Oh cuán hermosa se ostenta
 A los últimos reflejos
 Del sol que brilla á lo lejos
 Entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,
 Y ante ella puestos de hinojos
 Volvamos los turbios ojos
 Para decirla un ¡á Dios!
 Contempla que es nuestra pátria,
 Nuestro dulce paraíso...
 Aunque el Profeta no quiso
 Conservárnosla con vos.

Allí está. ¡Pátria querida!
 ¡Cuán dolientes te dejamos!
 Y antes, pátria, que volvamos
 ¡Cuántos años pasarán!
 ¡A tí, en la opuesta ribera
 De ese mar que nos divide,
 Al dejar la amarga vida
 Los ojos se tornarán!

Quando errantes y perdidos
 Por el desierto vaguemos
 Nuestro afán adormiremos
 Hablando, pátria, de tí,
 Y los hijos que nos nazcan
 Guardarán en su memoria
 La infausta y sangrienta historia
 De los que fuimos aquí.

— Hijos míos, les diremos,
 Allá lejos de nosotros
 ¡Harto lejos! viven otros
 En Granada, en un Eden.
 ¡Y allí tuvimos un tiempo
 Reyes, pueblos y vasallos,
 Arcabuces, y caballos,
 Mezquitas, cañas y haren!

Allí el placer es la vida,
 Siempre luce en calma el cielo,
 Siempre hay flores en el suelo
 Y en el ambiente azahar.
 ¡Ah! si por dicha algun día
 Teneis lanzas y corceles...
 Apreadad vuestros bajeles
 Y botadlos á la mar.

Si sois muchos y valientes
 Y ganais la opuesta orilla,
 ¡Oh! ¡cerrad contra Castilla
 Hasta arrastrar su pendon!

No dejéis en nuestra Alhambra
 Uno de esos castellanos;
 ¡Arrancadles con las manos
 Los ojos y el corazón! —

Tal diremos, cara pátria,
 Nosotros á nuestros hijos
 Cuando duelos tan prolijos
 Escuchándonos estén
 En el desierto, á la sombra
 Del fardo de los camellos...
 Y tal se lo dirán ellos
 A nuestros nietos también.

Nosotros ya, pobres viejos,
 En el umbral de la vida
 Tan solo una despedida
 Podremos darte, no mas.
 ¡Las manos te tenderemos
 A bendecirte llorando
 Como quien va caminando
 Volviendo el rostro hácia atrás!

¡Y si huyendo de noviembre
 Las arrecidas neblinas
 Vemos á las golondrinas
 De nuestra pátria volver,
 Al dintel de nuestras tiendas
 A saludarias saldremos,
 Y de gozo lloraremos
 Mientras se alcancen á ver...!

Señor, besad esa tierra,
 Orad un punto y partamos,
 ¡O tornemos y muramos
 De una vez junto al Genil...!
 ¡Teneis razon! partid presto
 Antes que ondée en Granada
 La cristiana cruz clavada
 Sobre el trono de Boabdil.

Mas ¡ay! ¡ya es tarde! que truena
 La cóncava artillería
 Y el humo escurece el día
 Y roba á la tierra el sol.
 ¡Huid, sin tornar los ojos,
 No os detenga la fatiga,
 Que os es la tierra enemiga
 En vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oídos
 Ese triunfal campaneó,
 Ese estruendo y clamoreo
 Que á vuestra espalda dejais.
 ¡Huid, sin contar los pasos
 Que vais prófugos haciendo,
 ¡Ay! y aunque lloreis huyendo,
 Desdichados, no volvais!

¡Huid presto, huid proscritos
 De vuestra pátria perdida!

Y al darla la despedida
Desde el alto del Padul,
Que se pierdan á lo lejos
Los contornos vacilantes
De vuestros blancos turbantes
Entre la atmósfera azul.

Huye, Boabdil, aunque llores
El rigor de tu fortuna :
Basta la luz de la luna
Para quejarse y huir :
Traspon la tierra y los mares,
No tu desdicha te asombre,
Que nunca le falta al hombre
Madre tierra en que morir.

Huye, y si al pasar huyendo
Tu camino te embaraza
En torvo tropel tu raza
Cercándote con afán,
Cuando ansiosos te pregunten
Por los bravos que lidiaron,
¡Ay! díles : — ¡Allá quedaron!
¡No esperéis, que no vendrán! —

V.

Huye, rey infeliz, y huyendo borra
De tu camino la cansada huella :
Huye do el agua del Genil no corra,
Ni tu roja ciudad refleje en ella ;
Donde fortuna mas leal te acorra ;
Donde no alumbre tan fatal tu estrella,
Donde fieras las huestes castellanas
No degüellen las razas africanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,
El voluptuoso aroma de sus flores,
La sonora y dulcísima armonía
De sus libres y amantes ruseñores,
Los amenos jardines do algun dia
Gozaste en soledad blandos amores
De sus frescos arroyos al murmullo,
De sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra mas serena
Do al fin te presten cariñoso asilo,
Donde aunque errante y á merced ajena
Treguas te dé tu corazon tranquilo ;
Donde en ignota soledad amena
Crezca de tu existencia el frágil hilo,
Y el blando són de la campestre zambra
No te recuerde tu perdida Alhambra.

Mas ; ay ! que á cada punto mas tenaces
Los duelos sobre tí atropellaron,
Y fué en vano esperar ; que en vano audaces
En Granada tus árabes lidiaron,
Que tus cansadas y sangrientas haces
En la vega sin honra se quedaron,

Y allá yacen sin tumba ni laureles
Cegries, Bencerrajes, y Gomeles.

Y ancho sepulcro á tu cadáver dieron,
Del Guatis ved las turbulentas olas,
Y esas aguas, Boabdil, que te sorvieron
No azotan nunca playas españolas ;
Y ni aun sin rumbo por su faz hendieron
Nuestras rojas y sueltas banderolas ;
No esperes á su márgen olvidada
Nuevas oír de tu gentil Granada.

Duerme, rey sin vasallos ni corona,
Fantástica Irrision de la fortuna,
A quien ni amigo ni enemigo abona,
Ni cruz triunfante ni vencida luna :
Ya que así el cielo contra tí se encona
Esa estrella fatal sufre importuna,
Pues quisiste, mal rey, vasallo bueno,
Perder lo tuyo y defender lo ajeno.

Duerme si aun gozas apenas
Un sepulcro en que dormir ;
Si esas húmedas arenas
Te prestan almohadas buenas
Para el sueño del morir.

Duerme en paz, y si velando
Estás por tu estrella aun,
Consuélate, rey, pensando
Que nos es vivir llorando
Una maldición comun.

Duerme, y dente descuidados
Grato murmullo si velas
Los pasos atropellados
De los piés acelerados
De las errantes gacelas.

Y en vez de las funerarias
Roncas preces de los muertos,
Arrullente solitarias
Con sus salvajes plegarias
Las aves de los desiertos.

Y si á tí tienden cercanas
Sus sombras árboles bellos,
Bajo sus hojas livianas
Respiren las carabanas
Y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre
No lean los de tu ley,
No les humille y asombre
Que si supiste ser hombre
No alcanzastes á ser rey.

EL VELO.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

¿Has hecho esta tarde oracion, Desdemona?
SHAKSPEARE.

LA HERMANA.

¿Qué teneis, hermanos míos?
¡ Los ojos traeis sombríos
Como cirios funerales...!
¡ De la faja á los dobleces
Han asomado tres veces
Las hojas de los puñales!

EL HERMANO MAYOR.

¿Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA.

Acaso... era al medio dia...
Tal vez... del baño volvía
En mi palanquin cubierto,
El calor me sofocaba,
Y la brisa que pasaba
Tal vez me habrá descubierto.

EL SEGUNDO.

Pasaba un hombre con caftan, ¿ es cierto?

LA HERMANA.

¡ Oh ! tal vez... un solo instante.
Yo cubri al punto el semblante...
¿ Que decis...? ¿ qué pude hacer?
¡ Hablais en secreto... hermanos!
¡ Oh ! ¡ pondriais vuestras manos
En una débil muger!

EL TERCERO.

¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!

LA HERMANA.

¡ Perdon ! ¡ perdon ! — ¡ Oh ! ¿ qué he hecho?
¡ Ah ! me desgarrais el pecho.
¿ En qué, hermanos, hice mal...?
¡ Sostenedme... hermanos míos...!
Siento ya en los ojos frios...
¡ Siento... un velo funeral!

EL CUARTO.

¡ Al menos no alzarás ese cendal!

VANIDAD DE LA VIDA.

—

FANTASÍA.

Era un día de órgia y de locura,
De esos dias de vértigo infernal

I.

En que embriagados de falaz ventura
Tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos dias
En que henchidos de vida y juventud
Buscamos entre locas teorías
La vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos dias en que ansiosos
Despertamos de crápula y de amor,
Y manchamos los dias mas hermosos
De nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,
El aura mansa, diáfana y azul,
La luz doraba nuestro huerto ameno
Con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas
De flor en flor con revoltoso afán,
Ya en la mas ancha de las frescas rosas,
Ya en el mas esponjado tulipan.

La brisa murmuraba en las acacias,
Tornábase al oriente el girasol,
Y las violetas se doblaban lácias
Cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y trasparente
Por la serena atmósfera al cruzar
Tiñendo los objetos suavemente
Veníase en la yerba á dibujar.

Y en pos las aves de frescura y sombra
Salpicaban en varia confusion
Del blando césped la mullida alfombra,
Del olmo verde el ancho pabellon.

Vianse allí las amarillas pomas
Las enamadas débiles vencer,
Y á su sombra bajaban las palomas
En el arroyo limpido á beber.

Y allí estendiendo las pomposas plumas
Le cubrian en cándido tropel,
Como si fueran trémulas espumas
Que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros apurando los placeres
Guarecidos de oculto cenador,
Buscábamos la vida en las mugeres,
La gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera
Los brindis de la libre bacanal,
Y el rumor de una báquica quimera,
Y el crujido del beso criminal.

Yo bebía el amor hasta apurarle
De unos impuros labios de carmin,
Que me enseñaron ; ay ! á desearle,
Y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullian
Fantasmas que al pasar con rapidez

7

Ya lloraban, danzaban ó reían,
Como ilusion febril de la embriaguez.

Mis amigos reían y cantaban
En lúbrico desórden junto á mí,
Y sin tregua los brindis resonaban...
Todo sin tiempo y sin razon allí.

Y entre el murmullo de la fiesta impura,
Los licores, los gritos y el vapor,
Alzábamos á impúdica hermosura
Himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes ébrias carcajadas
Blasfemamos tal vez de Jehová.
« ¡ Virtud! dijimos : ¡ fábulas soñadas...!
« Ahora el Dios que aterra ¿ adónde está?
« ¿ Adónde está la sombra de su dedo
« Que escribe una sentencia en la pared?
« ¡ Creaciones fantásticas del miedo...!
« Bebed, amigos, sin pesar bebed! »

Vino la noche, y al salir cansados
Hartos ya de beber y de gozar,
Una campana en golpes compasados
Cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo
De diez blandones á la roja luz,
Que velaban en círculo medroso
El secreto fatal de un atahud.

Quedaba en nuestra mente todavía
El rastro de la infame bacanal,
Y mal entre sus nieblas comprendía
La silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron,
El pueblo reverente se postró;
Cuando con paz al muerto conjuraron
El nombre del que fué nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban
En mentirnos un sueño valadí;
Los blandones el círculo cerraban,
Y una hermosa descansaba allí.

¡ Y era hechicera, y lánguida, y liviana,
La envidia de un salon érase ayer,
Y á pesar de su pompa cortesana
Hoy hediondo cadáver pudo ser!

Faltónos ¡ ay! la voz con el aliento:
Temblónos el cobarde corazon;
Ciertos los ojos y el oido atento
Nos dijimos al fin: « No es ilusion! »

¡ Allí estaba la sombra de ese dedo
Que escribe una sentencia en la pared...!
¡ Y era fiesta tambien...! Llegad sin miedo,
Cantad, amigos, sin pesar bebed.

TENACIDAD.

Serrana, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;
Y ó no tienes de beber,
O te tengo de encontrar.

Y que me canse no aguardes,
Que nada esperar me importa
Noches, mañanas y tardes;
Todo una vida que tardes
Será esperándote corta.

Y á mas, serrana, hay aquí
Sitio tan fresco y tan blando,
Que tengo yo para mí
Que anhelo tardanza en tí
Por sola estarte aguardando.

Aquí las aguas sonoras
Rodando en la yerba van,
Y aquí las aves canoras
Del bosque alegres cantoras
Música dulce me dan.

Aquí las flores campestres
Me dan los blandos perfumes
De sus cálices silvestres,
Y gozo en que no te muestres
Mucho mas que tú presumes.

Pues si al fin has de salir
Altiya, asaz y enojada,
Tarda, serrana, en venir,
Que el alma te ha de fingir
Mas fácil y enamorada.

Ve pues lo que has de ganar
Si mas piensas en mi daño
Asi esquivarme y tardar,
Porque mas quiero esperar
Que saber un desengaño.

Y bástame á mi saber
Que á cada punto te veo
Cuando yo te quiero ver;
Que mucho vale tener
De centinela al deseo.

Tras cada tronco arrugado
En que la vista repara,
Tras cada espino enredado,
Tras cada sitio enramado
Estoy buscando tu cara.

De cada hoja que se mece
A la vibración ligera
El alma se me estremece,
Y todo el valle parece
Que tu rostro reverbera.

Y ya por tu terquedad
No he de volverme sin tí.

Y cuenta con lo que digo,
Que he de estar eternamente
De estos olmos al abrigo;
Y no te finjas que intente
Partirme, sino contigo.

Haréme por el verano
Un toldo con espadaña,
Y haré en el invierno cano
Por burlar al viento insano
Mi hoguera en una cabaña.

Con que asi, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;
Y ó no tienes de beber,
O te tengo de encontrar.

HONRA Y VIDA
QUE SE PIERDEN NO SE GOBRAN,
MAS SE VENGAN.

LEYENDA.

INTRODUCCION.

En un rincon de Castilla
Allá en el fondo de un valle,
Sobre tres cerros distintos
Hay tres torres semejantes.
Castillos los llaman unos,
Otros atalayas árabes,
Mas su origen positivo
A la verdad no sé sabe.
Un rio humilde, el *Esgueba*,
La falda á los cerros lame,
Y entre huertas y majuelos
Lleva á rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
Con que tapiza su márgen,
Y ambas filas de colinas
Que le interrumpen el aire,
Hay derramados sin órden
Mas de un ciento de lugares
Que amasados todos ellos
Un pueblo tal vez no valen.
Pues los pueblos con el rio,
Y las huertas de la márgen,
Las colinas que le cercan
En dos bandas desiguales,
Y los tres cerros distintos
Con tres torres semejantes,
De tal modo unos en otros
Vegetan, pasan ó yacen,

Siempre estoy adivinando
Esos dos ojos crueles
Que á traicion me están mirando
Tras de un haz de juncos blando,
Tras un pié de mirabeles.

Siempre á cada incierto ruido
Que hace el aura entre las ramas
Vuelvo el gesto sorprendido,
Pensando que tú me llamas
De algun lugar escondido.

A cada vago lamento
Que los olmos azotando
Alza repentino el viento,
Me finge mi pensamiento
Que tú pasabas cantando.

Y si una tórtola bella
Suelta triste en la espesura
Su enamorada querella
Digo : asi llegara á ella
Mi amorosa desventura.

Y todo es pensar en tí,
Todo buscarte y quererte
En tanto que aguardo aquí,
Aunque me pesa ¡ ay de mí!
Desearte y no tenerte.

Que si al fin de mi esperar,
De mi amoroso gemir,
Te dejaras ablandar,
Y saliendo del lugar
Acabaras por venir;

Si cual las aguas hicieras
Que aquí murmurando están,
Y entre arenillas ligeras
Bullendo en tropel parleras
Al valle rodando van;

Si hicieras como esas flores
Que cierran de noche al frio
Sus tocas de cien colores
Y desplegan sus primores
Del alba al fresco rocío;

Delicioso por demás
Fuera esperarte, serrana;
Mas si hoy al fin no vendrás
Será persuadirme mas
De que tampoco mañana.

¡ Pero no has de holgarte á fé!
Pues tan tenaz como soy
Al fin de buscarte, sé
Que si no te encuentro hoy
Mañana te encontraré.

Que he dejado mi ciudad,
Serrana, y venido asi
Tan solo por tu beldad,

Que todo el conjunto entero,
Sin que esto lo dude nadie,
Tomando nombre del río
Forma sin disputa el valle.

PRIMERA PARTE.

I.

Está la noche espirando,
Y allá en el fin de la sombra
En vacilante crepúsculo
Tiñe el oriente la aurora.
La luna en el occidente
Su pálida luz ahoga,
Y las estrellas la siguen
Luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
De los árboles sin hojas,
Y con espantos de hielo
Esgueba sus aguas orla:
Ostenta el campo escarchado
Trémula, alabrada alfombra
Que á veces parece el alba
Y agua á veces silenciosa
Que allá en la sombra confusa
Humeando se evapora.
Se oye el murmullo del río
Que por la pesquera rota
Se filtra tornando el agua
En espuma bulliciosa.
Ya en copos blancos se eleva
Trenzada y murmuradora,
Ya cae en hebras de plata
Y se arrastra tumultuosa,
Ya trepando por las piedras
Se columpia de una en otra,
Ya por evitar un canto
Serpenteando se encorva,
Y ya tornando á ser agua
Susurra en la yerba tosca.
Allá en la opuesta ribera
Se alcanza una torre octógona
Con que la frente de un cerro
Entre brezos se corona.
Un pueblo frente por frente
Junto á las aguas sonoras
Con casas de tierra y ramas
De hidalgo y leal blasona;
Y una casa que mas lejos
De la orilla y de las otras
Puede pasar por alcázar
Segun aumenta en las formas,
Yace al pié de una colina
Olvidada, triste y sola,
Con lienzos en las ventanas
Que honores de vidrios gozan.
Entre una luz y los lienzos
Cruza á veces una sombra

Que sobre ellos destacada
Parece bien que se asoma:
Y á veces inmóvil y fija
Cubre la ventana toda
Cual si estorbar pretendiera
Paso á la vista curiosa.
A veces semeja un hombre
Que vuelto el rostro á la antorcha
Dibuja un bulto sin gesto
Que descansa en una gola;
Y á veces raudo pasando
De un rostro el perfil contorna
De agudo y crespo bigote
Que con la gorguera toca.
Mas puede á veces dudarse
Si es una, ó son dos las sombras,
Si pasean, ó si danzan,
Si luchan, ó si retozan;
Porque hay puntos en que cruzan
Dos bultos de varia forma,
Una cabeza con rizos,
Con barba y bigotes otra.

Casi al pié de la colina
En que la casa se apoya,
Hacia el pueblo mas cercano
Una senda desemboca.
Un hidalgo á pasos lentos
La vuelta del cerro toma.
Un mozo trae por delante
Debajo una yegua torda,
Y un largo ropon oculta
Lo demás de su persona.
Tendió á la casa la vista,
Tembló, paróse, y tendióla
Por todo cuanto en el valle
Abarca, sombría y torva.
Echó pié á tierra, y á poco
La mirada escrutadora
Alcanzó la luz movable
Por entre la puerta rota:
En faz de asombro y de duda
O de vergüenza y de cólera,
La planta trémula tuvo,
Y agachándose en la sombra
Clavó en la puerta los ojos,
Y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta: un mancebo
La faz envolviendo toda
De un gaban entre las pieles,
En apostura amorosa
De una muger se despié
Que á despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
En voz sofocada y ronca,
Sonó en el umbral un beso,
Cerró la puerta la moza,
Y el galán pasando el vado
Hacia la torre se torna.

Cuando él llegó al pié del puente
Ya con mano vigorosa
A sendas aldabonadas
El otro á su puerta dobla.
Abrióla al fin la muger,
Y al cerrarla cuidadosa
Ya por oriente venia
La tornasolada aurora.

II.

El codo sobre la mesa,
Sobre la mano ambas sienes,
Entrambas cejas fruncidas,
Arrugada la ancha frente,
La otra mano en la cintura,
Los piés en un taburete,
En un sillón de baqueta
Está meditando Perez.
Una lámpara de hierro
A un lado en la mesa tiene,
Cuya luz lucha oscilando
Con el día que amanece.
Al otro lado un tintero,
Y en el centro unos billetes
Cuya firma está abrasando
Con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
Por los apretados dientes,
Y mal ahogados suspiros
Dentro del pecho le hierven.
« ¡Mendo Abarca...! que me place,
« Un día tras otro viene,
« Y honra con honra se paga,
« Vida por vida se pierde. »
Esto en voz baja diciendo
Asió la luz de repente,
Y á voces en la escalera
Llamó á Margarita, Perez.

Subió al punto la muchacha
Tranquila, hechicera, alegre,
Mostrando en la tez de rosa
Sus abriles diez y nueve.
Y es la niña un embeleso,
Una hermosa de oriente,
Cojido el cabello en trenzas
Que con dos agujas prende;
Cintura escasa y flexible
Que cimbre y se estremece,
Tez morena, negros ojos,
Paso resuelto y pié breve.
Con la sonrisa en los labios,
Y con la paz en la frente,
Rebosando amor y hechizos
Que irresistibles parecen
Entró por el aposento
Preguntando:

— ¿Qué me quieres? —

Perez bajando los ojos
Contestóla:

— Que te sientes. —
Sentóse, y siguió el marido:
— ¿Tienes, querida, presente
Cuánto tiempo nos casamos?
— Si por cierto; treinta meses.
— Pues eso há que nuestra honra
Nos prestamos mutuamente.
— Y ahora, ¿á qué recordarme...?
— Dime, ¿y esto cuántas veces
Si se pierde se recobra?
— ¿A qué viene esto, Rui Perez?
— ¿Sabes, Margarita mia,
Que cada sentido tiene
Una puerta por do sale
Nuestra honra y nunca vuelve?
— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,
Que no sois mas las mugeres
Que un alcázar donde la honra
Guardada los hombres tienen?
— ¡Por Dios, Perez, que no alcanzo
Lo que con esto pretendes!
— ¿Sabes que un alma con honra
Otra alma con honra quiere,
Porque es justo que se guarden
Las reinas para los reyes?
— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,
Que el marido que la pierde
Compra una marca de infamia
Que lleva en el rostro siempre?
— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,
Que en tanto que no la vengue
Ni de hidalgo ni de hombre
El vano nombre merece?
— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,
Que si por ella no vuelve,
Hasta las dueñas escupen
De su blason los cuarteles?
— ¡Mas yo...!

— ¿Y sabes, Margarita,
Que nació hidalgo Rui Perez,
Y no ha de vivir sin honra
Aunque al mismo Dios le pese?
— ¡Cielo...!

— ¿Y sabes, Margarita,
Que un remedio hay solamente
Para dolencia tan grave...
— ¡Pero escucha...!
— Y que es la muerte?
— ¡Pero...!

— ¡Silencio!

— Oye...

— ¡Calla!

Mas hablando no me afrentes,
Y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles. —
Y esto diciendo, á la cara
Tiróla Rui los billetes,
Y ella cayó de rodillas
Clamando : — ¡Cielos, valedme! —

Pasaron unos instantes
En silencio tan solemne
Que de entrambos corazones
Contarse los golpes pueden.
Perez, crispados los puños,
Atenazados los dientes,
Amorados los labios,
Fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
Doblada al pecho la frente,
Cruzadas las blancas manos,
Pálida como la muerte,
Correr por las mejillas
Deja una lágrima ardiente,
Que resbalando hasta el suelo
En vapor se desvanece.
Perez, inmóvil de rabia
En el sillón se mantiene,
Y ella de miedo y vergüenza
Convulsiva se estremece.
Al cabo con voz sombría
Dijo á Margarita, Perez :
— Muger, yo adoraba en tí;
Por tu capricho mas leve,
Por solo un cabello tuyo
Hubiera muerto mil veces.
¿Y el amor que compré un día
Con vida y con alma ¡imbécil!
Hollando tus juramentos
Así en mi ausencia me vendes?
— Perdon, clamó Margarita.
¡ Oh, me detesto...!

— Detente,
Que con que tú te aborrezcas
El mi honra no me vuelve.
Pero ¡por Dios! que no es tarde...
— Cielo santo, ¿qué pretendes?
¡Perdon! ¡perdon! ¡á tus plantas
Me arrastraré eternamente!
— Y el polvo en que tú te arrastres
¿Podrá mi honra volverme?
— ¡Lloraré al pié de tu lecho
Velando mientras tú duermes!
— ¡Y qué sueño ha de acudir
A quien sin honra se acueste?
— ¡Seré menos que tu esclava!
¡Besaré el polvo que huelas!
— ¿Y qué harás con esas manos
Que toman estos billetes?

— ¡Perdon!
— Pídesele al cielo,
Que él solo dártele puede. —

III.

Es un salon cuadrilongo
Dentro de la antigua torre
En que desterrado habita
Don Mendo Abarca y Quiñones.
Sobre un tapiz toledano
Bordado en torno de flores
Hay una imagen de Cristo
Colgada de dos cordones.
De la alta bóveda ojiva
Por medio una argolla, corre
Otro cordón que sustenta
Una lámpara de cobre.
En una de las paredes
Hay un nicho y dos balcones,
Y el sol pasa macilento
Por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado,
Gigantesca en dimensiones
Hay á guisa de herrería
Una chimenea, en donde
Se exhala en llamas y en humo
Tendido en seis piés de bronce
Amenazando un incendio
Muy cerca de medio roble.
Y de cara hácia la llama
Magro, silencioso, inmóvil,
Entre enterrado y tendido
Dentro de un sillón, un hombre.
Una muger no muy lejos
En silencio borda ó cose
Una alfombrilla de sedas
Que sobre un cojín recoje.
Entre ellos el ruido sordo
De la chimenea se oye,
Y afuera el cierzo que zumba
En los ángulos del norte.
En cuanto á ambos personajes
Siguen sus meditaciones
Sin que al parecer al uno
Nada del otro le importe.
Cada cual en su trabajo
Su atencion entera pone,
Ella contando sus hebras,
Él contando sus tizones.
Al fin rompiendo el silencio
Dijo la muger al hombre :
— ¡Estás triste!
— No; cansado
De velar toda la noche. —
Y como volviendo en sí
El que respondió, turbóse.
Rápida mas de hito en hito,

Ella un punto contemplóle,
Mas él siguió :

— ¿No lo sabes?
Volveremos á la corte. —
Soltó la alfombra Leonor,
Y acariciando á Quiñones,
Le dijo :
— ¡Y me lo ocultabas!
— Quise sorprenderte; el conde
Me escribe ayer que á mi antojo
La vuelta de Madrid tome.
— ¿Y será pronto?

— Muy pronto,
Que ya me cansa esta torre,
Donde hemos estado un año
Escondidos como hurones.
— ¡Cuánto he rezado á ese Cristo
Porque á este día nos torne! —
Don Mendo se puso en pié
Al escuchar este nombre,
Y llorando de contento
Ella del cuarto salióse.

En esto por otra puerta
Entró el paje Diego Lopez,
Y ante su señor llegando
Cortesmente saludóle.
— ¿Qué tenemos? —
En voz baja
Preguntó al mozo Quiñones.
— Nada, señor; há seis dias
Que huyeron ambos.

— ¿Adónde?
— Imposible adivinarlo;
La casa registré anoche.
— ¿De quién hubiste las llaves?
— La escalé por los balcones.
— ¿Y qué?

— La casa desierta,
Las camas hechas, los cofres
Cerrados, no falta nada;
Todo en silencio y en órden.
— ¿Y nadie responde de ellos?
— ¡Imposible! unos pastores
Dicen que le vieron solo
Pasar el puente há dos noches,
Pero que al ponerse el sol
Iban los dos por el bosque.
— ¿Los dos, y volvía Perez?
— Solo.
— ¡Es bien extraño...! Lopez,
Dentro de muy pocos dias
Volveremos á la corte.
— Está bien, señor.

— Escucha;
Para lo de ayer disponte.
— ¿Dos caballos?
— Por supuesto.

— ¿A qué hora será?
— A las doce. —
Dejó el aposento el paje,
Y entre sí mismo Quiñones
Murmuró :
— ¡Si volvió Perez,
Y sospechando...! ¡oh! entonces
Mañana mismo á Madrid,
Y ahí se las haya el buen hombre. —
Y al color de la fogata
Sobre la mano durmióse.

IV.

Está la torre que habita
Don Mendo junto al Esgueba,
En una colina oscura
Sin árboles y sin yerba;
Sin foso que la circunde,
Sin torres que la defiendan,
Desmantelados los muros,
Derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
Entre dos postes de piedra
Tiene un puente levadizo
Suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
Otra torre mas pequeña,
En cuyo centro macizo
Hay torcida una escalera,
Y alzado el puente de noche
Aislada la torre deja,
De modo que á un tiempo mismo
Sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda
Sus ventanas y lucernas
Hanse tornado en balcones
Y suprimido las rejas;
Y es justo, á nuestro entender,
Que tal mudanza sufrieran,
Pues sirven de algo en la paz
Y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,
Y la media noche apenas;
El cierzo airado zumbaba
Del olmo en las ramas secas,
Y murmuraban las aguas
Azotando las riberas,
Atropellando sonoras
Raices, algas y piedras,
Haciendo con sus espumas
Espejos, lazos y trenzas.
El cielo entre opacas nubes
Velando luna y estrellas,
El valle, el río, y la torre
Encapotaba en tinieblas.
No brillaba en los linderos
La luciérnaga rastrera,

No había parleras aves
Que cantaran en la selva,
Ni insectos que susurraran
Entre la flexible yerba;
No había pajizas flores
Que en los céspedes crecieran,
Ni pastores que velaran,
Ni silbadoras culebras,
Ni lobos que con la luna
Cruzaran por la pradera.
Que es la noche sobre oscura
De diciembre, opaca y negra,
Y húmeda, gruesa y pesada
Acosa al aire la niebla.
Bajóse en la torre el puente,
Y trasponiendo la cuesta
Dos hombres hácia los vados
Echaron por una senda.
—¿Traes las llaves?— dijo el uno.
—Sí señor.

—¿Y allá quién queda?

— Martín Muñoz en la escala,
Durmiendo la camarera,
Y Lucas con los caballos
Aguarda junto al Esgueba.
Los demás hácia la corte
Irán ya lejos, y apenas...—
Una ráfaga silbando
El resto arrastró con ella.

Entonces de entre la sombra
Alzóse callada y lenta
Una figura embozada
Que mucho á un hombre semeja.
Tanto guarda de fantasma
Como de humano conserva,
Porque ella anda, ó se desliza,
Sin que al moverse se sientan
El compás de sus pisadas
O el rumor de sus espuelas;
Y el murmullo que se escucha
Dentro de su boca mesma
No se sabe si es que gime,
Conjura, amenaza, ó reza.
Pero hombre, ilusion, ó duende,
Al pié de la torre llega,
Y sin vacilar un punto
Con una escala de cuerdas
Asiendo el balcon mas bajo
Desembozándose trepa,
Y de un corredor desierto
Se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba
A la luz de una linterna
La esposa de Mendo Abarca
Sola y destocada sueña.
Y los labios la sonrien,
Y la lengua balbucea.

Y toda la paz del alma
La faz dormida refleja.
Con el fin de su destierro
Descuidada devanea,
Y la pasan por la mente
Viajes, luminarias, fiestas,
Y con sus mil armonías
De campanas y pendencias,
Obras, caballos y carros
Se finge una corte entera.
Los nobles que la visitan,
Las damas que la contemplan,
Los lacayos que la aguardan,
Y los pajes, y las dueñas,
Los billetes de convite.
Las joyas y las preseas,
Todo la pasa en tumulto
En ilusión halagüeña.
En esto el mismo fantasma
Asomó osado en la puerta,
Corrió por dentro el cerrojo,
Contempló un punto á la bella,
Y luego ahogando la luz
Dejó la estancia en tinieblas.
Se oyó en la sombra un suspiro...
Y en faz de rauda tormenta
Siguió estrellándole el cierzo
En las pintadas vidrieras.
Las puertas estremecidas
Sobre los quicios retiemblan,
Y silba y cruje y se rasga
Con ímpetu en las troneras;
Y ni gemidos ni pasos
Tornan á oírse, ni quejas;
Todo el viento lo devora,
Lo mata, sofoca, ó lleva.

A poco Don Mendo y Lopez
Tornaron la misma senda,
Y tornó á oírse del puente
Rechinando la cadena,
Y oyóse que el uno hablaba
Y el otro daba respuesta.
—¡Cojió las cartas!

—Sin duda.

—Mas vale así.

—Que no vuelvan;

Pasado mañana, Lopez,
A Madrid damos la vuelta.—

Cruzaron ambos el puente,
Volvió á sonar la cadena,
Y siguió el viento zumbando
Por los ángulos y rejas.
Y en esto en el balcon mismo
La misma escala de cuerdas
Cayó al campo, y el mismo hombre
Bajó embozado por ella.

Llegó al suelo, y percibióse
De Perez la voz severa
Que á lo lejos murmuraba
Como quien conjura ó reza.
« Quien á hierro mata es justo
« Que igualmente á hierro muera;
« HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
« NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN. »

V.

Vino un día y otro día,
Y vino un mes y otro mes,
Y año tras año venia;
El segundo concluía
Y pasaron hasta tres.

Perez desapareció,
Su casa quedó en escombros,
Don Mendo á Madrid volvió,
Y con estruendo y asombro
La torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas
Las gentes varias consejas
Y fábulas espantosas,
De amorios las hermosas,
Y de visiones las viejas.

Quién dijo (y á tal contar
El mas valiente se pasma)
Que vió el alba al despuntar
Junto á la torre vagar
Blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que atravesando
De noche por la pradera,
La colina coronando
Vió hasta cien almas danzando
En derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
Un hidalgo de lugar
Que arrugando el entrecejo
Contara que un moro viejo
Huyó de verle pasar.

Ni un muchacho revoltoso
A quien por calmar el llanto
Contaran en són medroso
Aquel cuento tan famoso,
Y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
Con un espectro galan,
Y que una devota bella
Le alcanzó á ver despues de ella
En casulla ó balandran.

Todo eran apariciones,
Raros acontecimientos,
Secretas conversaciones,
Todo ruidos y visiones
Y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,
Otros toparon enanos,
Otros hogueras volantes,
Otros mágicos errantes,
Y otros brujas y gitanos.

Y alguno mas entendido,
Mas ducho ó mas suspicaz,
Creyó allí haber sorprendido
Algun amor protegido
Con el murmullo falaz.

Vino un día y otro día,
Y vino un mes y otro mes,
Y el tercer año corria;
El segundo concluía
Y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
Y olvidadas las consejas
Los mozos las despreciaron,
Las muchachas se casaron,
Y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó
Y el valle quedóse en calma;
Mendo Abarca no volvió,
Ni á nadie se apareció
Perez en cuerpo ni en alma.

SEGUNDA PARTE.

VI.

En un salon adornado
Con alfombras toledanas,
Con pabellones de sedas,
Con mecheros y con lámparas,
Vestido de terciopelos
Festonados de oro y plata,
Cercado de taburetes
Y de cojines de grana,
Hay hasta cuatro personas
En plática sosegada
Que esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Una es Don Mendo Quiñones,
Otra es una antigua dama,
Otra es Doña Leonor,
Y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
La ceremoniosa usanza
De aquellos revueltos tiempos
De fiestas y de batallas.
Corpiño y falda turquí
Bordados de seda blanca,
Con dos filas de botones
De costosa filigrana.
Desnudo el cuello y los hombros
Bajo un collar de esmeraldas
Con un lazo de brillantes